

GÓMEZ, RICARDO¹: *La dimensión valorativa de las ciencias. Hacia una filosofía política*, Bernal: Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2014, 230 páginas.

Con una prosa ágil, agudeza argumentativa y claridad expositiva, el autor, continuando con la línea trazada en *El mito de la neutralidad valorativa de la economía neoliberal* (2002) y en *Hacia una filosofía política de la tecno-ciencia* (2009), se enfrenta a las visiones más ortodoxas de la epistemología, centrando en este libro la atención en la presencia de valores en las ciencias, y señalando desde el inicio que las preferencias políticas, sociales, económicas, éticas –contextuales, en general– están presentes tanto en la elección de los problemas a resolver, como en los temas a investigar, en los objetivos de la investigación y los modos, lugares y circunstancias para sus aplicaciones.

El libro está compuesto por trece capítulos pero puede ser dividido en dos grandes partes: en la primera de ellas, desde una perspectiva histórica, está dedicada, por un lado, al marco histórico-epistemológico general, que se constituye en el punto de partida inevitable de su estudio (Capítulo I), y por otro, a las concepciones de una serie de epistemólogos que la tradición ha encumbrado (Capítulos II al VIII). La segunda parte, consta de cinco capítulos (IX al XIII), donde el autor aborda cuestiones temáticas-problemáticas para sistematizar las tesis que considera más importantes y defendibles acerca de las relaciones entre ciencia y valores.

Para iniciar este estudio el positivismo lógico se le presenta al autor como “[...] el inevitable punto de partida [...]” (p.17). Así, en su primer capítulo, Gómez pretende mostrar, contra las interpretaciones más tradicionales, que algunos de los miembros del Círculo de Viena ya reconocían la insuficiencia de la evidencia empírica como criterio para la aceptación o rechazo de hipótesis o teorías, señalando de esta manera la presencia de valores en la actividad científica. Es desde aquí que Gómez plantea la cuestión central de su trabajo: “[...] ¿está la ciencia cargada de valores no cognitivos en el contexto de justificación” [...] ¿es la actividad científica libre de valores no epistémicos en el contexto de justificación?” (p.14). Con estas preguntas Gómez va entonces más allá de la mera afirmación de la presencia de valores en la producción científica, para sostener también la existencia de valoraciones externas al conocimiento científico: extra cognitivas y extra epistémicas. Con estas afirmaciones queda cuestionada entonces la tan mentada objetividad.

¹ Titulado como profesor de Matemáticas, Física y Filosofía por la Universidad de Buenos Aires, como magíster en Historia y Filosofía de las Ciencias y como doctor en Filosofía por la Universidad de Indiana, el autor fue profesor titular de Filosofía de las Ciencias en la Universidad Nacional de La Plata, de Metodología de las Ciencias en el Doctorado de la Facultad de Ciencias Económicas de la U.B.A., director del Instituto de Lógica y Filosofía de las Ciencias en la U.N.L.P., y desde 1983 se desempeña como profesor de Filosofía de las Ciencias en la Universidad del Estado de California.

Gómez procederá a recuperar las versiones más recientes sobre el problema de la objetividad científica, para mostrar que la presencia de valores no epistémicos no atenta contra una auténtica –“no utópica” (p.15) – objetividad científica, sino que, contrariamente, ella se hace posible en tanto se reconozcan y expliciten estos valores. Así, en el segundo capítulo, Gómez sentencia en su título: “Karl Popper: vocero máximo de la neutralidad valorativa de las ciencias”. Contra esta concepción, Gómez señala que Popper defiende una filosofía de las ciencias que no es ni valorativamente neutra, ni objetiva, ni siquiera desde sus propios parámetros de objetividad. Por lo cual, tampoco inocua, sino todo lo contrario. Como contracara, el tercer capítulo tiene como eje la figura de Kuhn. Aquí, Gómez señala el cambio profundo que implicó para la ciencia y la epistemología la aceptación explícita de Kuhn de la presencia de valores extra cognitivos, tanto en la actividad científica, como en su unidad de análisis. En el cuarto capítulo de este trabajo, Gómez indica que pocos como Lakatos defendieron tan férreamente la neutralidad valorativa de la ciencia, identificando la presencia de valores no cognitivos en la actividad científica con la presencia de la irracionalidad. Así, la racionalidad – un valor – se constituye para Lakatos como el criterio para aceptar no sólo una epistemología, sino también la reconstrucción histórica de la ciencia. En el quinto capítulo, el autor ve en Feyerabend al más original, radical y heterodoxo de los filósofos no estándar de la ciencia, señalando la gran ruptura que produce con la versión ortodoxa estándar de la ciencia: con el objetivismo epistémico; con la concepción de la unicidad, universalidad y atemporalidad metodológica; con la teoría como unidad de análisis; con la neutralidad valorativa; con la conmensurabilidad entre teorías; con la invariancia de los términos; con la irrelevancia del contexto histórico; con la descontextualización del estudio de la ciencia; y con la racionalidad y objetividad del empirismo clásico y contemporáneo, y del popperianismo. A partir de ello, Gómez concluye con la tesis de Feyerabend de la fuerte incidencia de valores no cognitivos en la actividad científica, que posibilita una *abundancia* de puntos de vista acerca del mundo, donde no cabe la posibilidad de establecer una respuesta única ante la diversa manera en que podemos abordar el mundo. En un muy breve sexto capítulo, destaca la figura de Hempel por haber reconocido la presencia de valores en la investigación científica, a tal punto de haber llegado a señalar de qué tipo son y en qué aspectos o momentos intervienen. El séptimo capítulo está dedicado a Laudan. Aquí, tomando como punto de partida la obra en que aquél hace explícita la presencia de valores en la actividad científica, Gómez hace notar que en muchos casos los valores cognitivos están subordinados a los no cognitivos, ya que “[...] los objetivos no cognitivos juegan el rol de estándares últimos [...]” (p.120). La concepción laudaniana se le presenta a Gómez como una necesidad contextual inevitable para abordar el siguiente capítulo, el octavo, por cuanto está en el núcleo mismo de la concepción de Kitcher. Así, en ese capítulo, Gómez recupera las críticas que el epistemólogo inglés hace a la concepción estándar de la ciencia para responder a ellas afirmando que el objetivo de las ciencias consiste en abordar las cuestiones que sean “significativas” – tanto epistémica como prácticamente– para las personas en una etapa particular. Con lo cual, estos objetivos son dependientes del contexto histórico-social y sus

ceptibles de ser evaluados críticamente en base a estándares morales, tanto como las actividades de los científicos.

En “Ciencias, valores y objetividad”, el capítulo noveno de este trabajo, Gómez propone sistematizar las tesis más importantes de la relación entre ciencia y valores, señalando desde el inicio que los compromisos valorativos y los intereses ligados a estos están presentes y dan forma a las prácticas científicas en cualquier investigación, por cuanto intervienen en la generación de los motivos, las preguntas y problemas; en la formulación y argumentación de las respuestas; en la adopción de métodos y teorías; en los usos, distribución y ejercicio del poder; en el reconocimiento; en la dirección de la financiación; en la conformación del sistema educativo, y hasta en la composición misma de los grupos científicos. El hecho de la presencia de valores en la práctica científica y su reconocimiento es señalado por Gómez como un aspecto positivo, para concluir que la inexistencia de una ciencia libre de valores no atenta contra la objetividad científica. En el décimo capítulo de este libro, Gómez se enfoca en la dimensión ética de las prácticas científicas donde señala que dada su existencia, debe haber entonces una normatividad. En el décimo primer capítulo, el autor indica que un conjunto de tesis tan fuertes como las que él defiende no pueden dejar de considerar las defensas más radicales y recientes a la neutralidad valorativa de la ciencia. En este sentido, recurrirá al arsenal teórico provisto en los últimos años por las epistemólogas feministas para responder y contrarrestar a defensa de Hugh Lacey a una ciencia libre de valores. La crítica que Gómez realiza en contra de la postura de Lacey, pone el énfasis en las ventajas que tiene explicitar la no libertad valorativa de las ciencias. El penúltimo capítulo tiene por objetivo distanciarse de la crítica que acusa de lisenkoísmo a quienes defienden la presencia de valores no cognitivos en la ciencia. Para ello Gómez señala que su rechazo a Lysenko y a la concepción soviética de la ciencia obedece a distintas razones de las que tienen los empiristas o los éticamente neutrales, por cuanto considera que el lisenkoísmo es el megacaso paradigmático de la desaparición de los valores éticos en la investigación científica para subordinarlos a valores partidistas, lo que viola tanto la racionalidad epistémica como la racionalidad ética. El último capítulo de este libro, “¿Por qué ‘política’?”, constituye el aporte más original de este trabajo. Allí sostiene que la presencia de valores no cognitivos no atenta contra la racionalidad científica, sino que, por el contrario, la enriquece, por cuanto pone de relieve la operatividad de la “razón práctica” evitando que la producción científica quede reducida a la mera racionalidad teórico-deductiva y/o inductiva e instrumental. Así, “la presencia de valores no cognitivos y el retorno a la razón práctica es el *modus operandi* de los seres humanos al hacer ciencia (p.16). La filosofía política de las ciencias que Gómez propugna, no rechaza, en consecuencia, a la ciencia como una importantísima herramienta humana, pero llama a rechazar el empobrecimiento de la filosofía de las ciencias operado por las versiones positivistas del conocimiento científico.

Por último, queremos señalar que el reduccionismo positivista tiene como consecuencia que las ciencias no sólo pierdan cualquier significado para la vida, sino que degeneren en una tiranía del *logos* científico. Así, el rol preponderante que la ciencia tiene en la actualidad en las sociedades occidentales, que hacen de ella “la” autoridad –al modo de una Inquisición de la Ciencia, como afirmaba

Unamuno – que legitima la acción política, no puede ser enmascarado además por una visión de la ciencia sin sujeto, de una ciencia aséptica –como muchas veces es divulgada –, por cuanto se pone en juego la función primordial; práctica: ética-política-social de la ciencia como herramienta para el bienestar social. Y en tanto que la ciencia es una institución social, está imbricada siempre en un sistema político, lo que conduce a establecer los mecanismos por los cuales no sólo quede aclarado filosóficamente el carácter político inherente a la producción científica, sino que también se puedan instituir las medidas de control necesarias para los posibles excesos.

GASTÓN BERALDI